

Estúpida Torre de Babel

Desde siempre he pensado que la riqueza lingüística de España era un tesoro que había que conservar. A nuestro milenario español o castellano se suman el vascuence, el catalán o el gallego que no son sino instrumentos de comunicación, como todas las lenguas. El bilingüismo no es sino una estupenda capacidad de transmitir ideas, de relacionarse, de convivir. Así lo reconoce nuestra Constitución, que en su artículo tercero dice que esas lenguas serán objeto de especial respeto y protección, además de establecer su cooficialidad en sus territorios respectivos. Eso sí, siempre bajo la premisa del deber de conocer y el derecho de usar el castellano. Cuestión, en mi opinión, de simple sentido común.

El problema es el elemento nacionalista, que pretende amojonar territorios a base de intransigencia, sectarismo y, tantas veces, estupidez. Y el nacionalismo, mal que nos pese, tiene poder real. Decía Erasmo que cuanto mayor es el poder, tanto es más dañoso si cae en hombre necio o malo. En un tiempo en que venimos rematando la unidad europea, aunque, como dice Martín Ferrand, sólo lo sea por el esperanto del euro; cuando las naciones vienen cediendo parcelas de competencias y se esfuerzan en crear un marco de libre circulación de personas y de capitales, cuando existen amenazas reales sobre el viejo continente, el nacionalismo rampante tiene en sus mientes la idea de construir su aldea sea como sea.

Lógicamente, uno de los instrumentos para tal cosa es el uso espurio de la protección de la propia lengua. No se trata de promover su conocimiento y uso como algo que enriquece y sirve para transmitir pensamientos, sino de llenar los sacos terreros de las barricadas segregacionistas con el noble idioma vernáculo de cada cual. Lo que debe servir para comunicarse se utiliza para distinguirse. Bien dice Miquel Porta Perales que el nacionalismo (en

este caso el catalán, pero vale para todos), se esfuerza en construir una sociedad diferente, pero no una sociedad mejor.

En nombre de la propia identidad, y como si esta fuese amenazada por un leviatán centralista, se puede sancionar a quien en Cataluña rotula en el idioma oficial de Estado, mientras no se molesta a quien lo hace en chino o en inglés; y, además, con el beneplácito del presidente del Gobierno, a quien esto le parece bien, tal y como manifestó, y está grabado, a la Cadena Ser. Y se dificulta a miles de niños el derecho de recibir enseñanza en castellano, con lo que al mismo tiempo les cercenan posibilidades de desarrollo cultural⁹. Todo por la inmersión lingüística, a la que acompañan donde pueden y cuando pueden con una visión distorsionada de la historia, en la que los buenos pueblos han sido colonizados por los españoles. No sé cuánto tiempo pasará antes de que alguien ponga coto a tales desmanes. Quizá entonces sea tarde, y un par de generaciones ande por la vida con una percepción errónea de España.

No faltan en esta enloquecida política los esperpentos, que nos harían troncharnos de risa si no fuese por que la cosa es bien seria. Hace dos o tres años, Izquierda Republicana de Cataluña, acérrima defensora de sus territorios, donde no permite que nadie le tosa, quería que en Ceuta y Melilla el bereber tomara carácter de lengua oficial. En Galicia han dispuesto que la mitad de lo que se toque en las verbenas sea en gallego. Ya puestos, un tal Bieito Lobeira, diputado del BNG, dice que el himno de España debería ser sustituido por el *chiki chiki* ése que va a Eurovisión. Ahora, si usted tiene narices, dígalas a ellos que sustituyan el *nunca te olvides de la injuria y el rudo encono; despierta de tu sueño, hogar de Breogán*, por el porompompero, por decir algo. No dejan de ser un esperpento y una solemne majadería estas actitudes.

Pero tras de ellas se esconde, no lo olvidemos, una ideología disgregadora, diferenciadora, artificial y totalitaria. Seguramente el ciudadano de la calle está por encima de todo esto. Estoy

convencido de que en la casa de un catalán de toda la vida, se alternarán conversaciones en catalán y en castellano, incluso fragmentos intercalados, en un uso de normalidad y espontaneidad. Y si quieren, de *seny*.

El problema no son los ciudadanos de a pie. Son las autoridades machaconas, que lo mismo vuelven locos a los conductores con la señalización viaria que hacen gastar fortunas en traducciones innecesarias. Y lo peor es que se les consiente, se les da vidilla, porque son necesarios muchas veces para gobernar con tranquilidad.

Hace poco más de cuatro años, tuve el honor de compartir mesa y mantel con el desaparecido Gabriel Cisneros, al que invité a pronunciar una conferencia con motivo del XXV aniversario de la Constitución. Durante la sobremesa nos ilustraba sobre una posible fórmula de poner coto al excesivo poder nacionalista: incrementar en 50 el número de diputados del Congreso y elegirlos en circunscripción única. Hace unos días he oído la misma idea en boca de Rosa Díez. No parece una fórmula descabellada, aunque quizá haya otras, quizá la más efectiva, si bien me malicio que la más difícil, un gran pacto nacional entre los principales partidos. Algo habrá que hacer para que la igualdad de los españoles no se siga viendo perjudicada por los abusos del nacionalismo. Y para que se cumpla la Constitución, cosa que no estaría de más.

Juan Carlos Fernández; www.juancarlosfernandez.es

